José Martí, Epistológrafo *

UNA feliz coincidencia ha hecho de 1946 el año más fecundo y decisivo en la recopilación y publicación del epistolario martiano. Con anterioridad a esta fecha habría que señalar dos hitos notables en la tarea de dar a conocer este aspecto esencial de la obra del máximo orientador americano: el primero lo marca el año de 1919, cuando apareció el volumen xv, titulado *Cuba*, de las obras de Martí, recopiladas por su fiel discípulo Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el cual contiene la primera colección importante de cartas martianas hasta entonces publicada. Este primer empeño recopilador fué una revelación para los espíritus más finos y cultivados, tales como Unamuno, por ejemplo, que le dedicó un medular ensayo. La de Unamuno fué la primera voz autorizada que captó el alto valor literario y humano de la epistolografía martiana. De esta primera valoración habrá que partir siempre que se quiera enjuiciar esta fundamental faceta de la obra escrita del Apóstol cubano.

Sin embargo, la aparición de aquel volumen, pese al entusiasmo deslumbrado con que la saludó el maestro vasco, tuvo muy exiguo eco en nuestra América y aun en Cuba. Verdad es que la misma desdichada suerte corrieron todos los demás volúmenes de la llamada "edición Quesada", la cual representa un nobilísimo esfuerzo por revelar al gran escritor americano. Gonzalo de Quesada era por aquellas calendas poco menos que una "voce in deserto clamante". No será hasta el año de 1925, como he demostrado en otra parte¹ que los estudios martianos —con rarísimas excepciones— dejan de

* A propósito de *Cartas a Manuel A. Mercado*, ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946. 281 p.

1 "La revaloración de Martí", *Universidad de La Habana*, año II, septiembre-diciembre, 1936.

ser esporádicas loas y motivo de panegíricos chirles —casi siempre limitados a escritores cubanos— para convertirse en materia de investigación seria y de análisis fecundo. Este año de 1925 marca también el instante en que la preocupación por la obra y el pensamiento de Martí rebasa definitivamente los contornos isleños de su patria y se extiende a todo el continente y aun a España.

* * *

El segundo momento decisivo en la revelación del genio epistolar martiense anterior a 1946, lo señalan los años 1930-1931 en que aparecieron los tres estupendos volúmenes del *Epistolario* amorosamente coleccionado y prologado por otro benemérito de la bibliografía martiana, Félix Lizaso. El *Epistolario* que Lizaso recogió no podía ser completo, pero es una notable superación de todo lo que en este aspecto se había hecho y nos revela plenamente la originalidad y belleza de la epistolografía martiense. Allí se reunió casi medio millar de cartas del Maestro, que mejor que ningún otro libro suyo nos dan la talla de su genio multifacético.

* * *

No creo hiperbólico ni erróneo afirmar que ningún otro libro o aspecto de la obra escrita de Martí nos revela tan cabalmente su poliédrica personalidad como el epistolario. Es el único en que Martí está íntegro. Allí podemos apreciar al poeta, al prosista, al pensador hondo, al ensayista vigoroso, al crítico, al sociólogo, al político sagaz, al estadista previsor, al patriota inmaculado, al revolucionario, al amigo leal, al hombre, en fin, en toda su excelsitud. Sobre todo al hombre, que en Martí es la más alta dimensión, el supremo valor, la medida y resumen de todas las otras jerarquías. Ningún otro libro, repito, nos lo devuelve tan de cuerpo entero, sencillamente porque en ninguna otra de las formas literarias que cultivó se nos entrega tan sin reservas.

Martí era “un hombre sincero” —como él mismo se definió— y en cuanto dejó escrito percibimos la palpitación cordial más que en ningún otro intelectual americano. Pero aun esta extrema sinceridad tiene sus límites cuando de escribir para el público se trata, y Martí —a pesar de su incurable romanticismo de la mejor ley— era muy pudoroso y velaba su yo íntimo, cuidando de que sus an-

gustias y desolaciones recónditas no se traslucieran nunca en lo que para su numeroso público lector escribía. El velo se descorría únicamente en las cartas a sus amigos más entrañables y comprensivos. Mas como en él el valor humano es la suma categoría, como el "hombre" en él es superior al pensador y al artista —con ser éstos tan extraordinarios—, de ahí que sea el género en que su personalidad íntima se nos revela más al desnudo —el epistolario— aquel en que lo descubrimos en toda su eminencia. La biografía —o radiografía— espiritual de Martí no está en sus versos ni en sus discursos ni en sus ensayos, sino en sus cartas. Quien se interese por descubrir todas las facetas de este diamante reunidas en uno solo de sus libros, a su epistolario tendrá que acudir.

Grande era el amor de Martí por la cultura y el arte. Su devoción por las ideas y las formas bellas no ha sido superada en América. Pero en su ideario, el pensador y el artista están subordinados al "hombre". Porque a la postre ¿no es el "hombre", el ente moral, la medida de todos los otros valores? ¿De qué nos servirían éstos si el "hombre" nos falla? "Lo humano es lo único en el orbe del ser que posee sentido", ha dicho Eduardo Nicol en un ensayo reciente. Esto parece una glosa del pensamiento martiano. En el engranaje de la ideología martiense este concepto central es un "ritornello" que vertebra y da unidad y sentido a su concepción filosófica de la vida. "El oficio de hombre" es en este gran romántico la suprema jerarquía y el más noble abolengo a que pueda aspirarse. De ahí que Unamuno lo definiera tan acertadamente al llamarle "todo un hombre", con lo cual le tributó el más alto elogio. Ningún otro epíteto habría sido más grato a Martí.

Me he desviado del tema, pero era necesario este paréntesis para comprender la trascendencia que en la exegética martiana tiene su epistolario.

* * *

Antes y después de 1930, otros investigadores y devotos de Martí han contribuido con meritorios aportes al mejor conocimiento de su epistolografía. El primer intento en este sentido de que tengo noticia son las "Cartas de José Martí" publicadas en *Cuba y Puerto Rico*, en New York, en 1895. Viene luego la colección *Cartas de José Martí a Juan Bonilla*, aparecidas en La Habana en 1903. En 1918, Néstor Carbonell nos dió un *Epistolario* recogido por él en

el volumen IV de la llamada "edición de *La Prensa*" por el propio Carbonell dirigida. En 1919 y 1942, el capitán Joaquín Llaverías que con tanto celo ha investigado varios aspectos de la vida y la ejecutoria martianas, nos ofreció sendas colecciones de cartas en el *Boletín del Archivo Nacional de Cuba* que él mismo dirige. Las *Cartas de José Martí a Antonio Maceo* las publicó en La Habana Gonzalo Cabrales en 1922. En los años 1933 y 1934, Gonzalo de Quesada y Miranda acreció el acervo epistolar martiano con los "Epistolario de José Martí y Máximo Gómez" y "Epistolario de José Martí y Gonzalo de Quesada", incluidos en los volúmenes I y II, respectivamente, de *Papeles de Martí*. Por último, en 1936, la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales* de Tegucigalpa dió a conocer las "Cartas de José Martí acerca de Honduras". Las mencionadas son las principales colecciones de que tengo noticia hasta el año de 1946.

Mas fué en la última fecha precitada cuando se logró recopilar y publicar, si no la totalidad de las cartas que de Martí se conservan, por lo menos lo más valioso que en el género nos dejó. Gracias a las reiteradas solicitudes hechas por algunos investigadores martiífilos —especialmente Félix Lizaso— y a la resonancia que su obra ha tenido en la América hispana en el último cuarto de siglo, gran número de personas ha donado cartas que de Martí poseían y así ha podido completarse o poco menos este epistolario sin rival en nuestra lengua.

Fué en 1946 cuando la Editorial Trópico de La Habana reunió en tres volúmenes de su edición de las "Obras completas de Martí" —la única realmente completa que existe— la totalidad de la correspondencia hasta entonces conocida y no incluida en volúmenes anteriores de la misma edición. Con antelación a esta fecha, ya Trópico había dado en volúmenes previos un gran número de cartas de índole específica, siguiendo el criterio que rige la edición de agrupar los escritos por materias. En estos tres volúmenes de 1946 —los correspondientes a los números 65, 66 y 67— Trópico agrupa lo que el director de la colección, Gonzalo de Quesada y Miranda, denomina "la correspondencia de Martí que puede considerarse íntima o más personal, y que no se encuentra en volúmenes anteriores, ya que las cartas insertadas en los mismos pertenecían a materias definidas y relacionadas con su labor revolucionaria, de crítica literaria u otras".

En el volumen 68 de la serie, publicado también en 1946, Trópico reproduce parte de las cartas que Martí escribió a Manuel Mercado — las fechadas entre 1876 y 1888. Las restantes han sido publicadas en el presente año en el volumen 69.

* * *

En 1946 apareció también en La Habana la estupenda edición de las "Obras Completas" de Martí, conmemorativa del cincuentenario de su muerte, publicada en dos hermosos volúmenes de 4,272 páginas por la Editorial Lex. Aunque esta cuidada edición fué auspiciada económicamente por el gobierno cubano, es en realidad un fervoroso tributo de cordial admiración rendido por un grupo de españoles notables al Apóstol cubano. Máximo entre ellos por su acrisolada dedicación al estudio de Martí durante más de treinta años, es Manuel Isidro Méndez, que seleccionó y ordenó los materiales y escribió un votivo prólogo y una síntesis biográfica para el primer volumen.

Yo quisiera destacar aquí la noble significación de la labor martiana realizada por este apasionado y reverente discípulo a lo largo de tres décadas de creciente fervor. Nadie en Cuba ni fuera de ella ha estudiado a Martí con más rendido amor ni ha contribuido más a esclarecer su mensaje que Manuel Isidro Méndez. De la martiofilia ha hecho él una especie de culto o verdadera mística. Nadie tampoco ha honrado mejor al Maestro con su limpia conducta ni le ha emulado con más sinceridad. Manuel Isidro Méndez es de los poquísimos discípulos que a Martí le han salido en Cuba dignos de su linaje espiritual. Ha procurado vivir su evangelio honrada y sencillamente, y es de los escasos martiófilos que no han hecho almoneda de su devoción. Con insobornable fidelidad y ejemplar modestia nos ha dado Isidro Méndez una serie de libros y monografías que son de lo más penetrante y esclarecedor que en la exegetica martiense podría encontrarse.

Colaboró también con veneración y evidente éxito en esta magnífica edición, el director de Lex, doctor Mariano Sánchez Roca, a quien debemos no sólo la pulcritud técnica y la novedosa presentación de la obra, sino también la introducción al segundo volumen, la selección de una valiosa crestomatía titulada "Espíritu de Martí", con la cual remata el segundo tomo, y los arduos índices onomás-

tico, geográfico y general de esta edición. Por último, otro español —como el doctor Sánchez Roca exiliado en Cuba—, Rafael Marquina, tuvo a su cargo la tarea de confeccionar el “índice de materia” igualmente útil para los investigadores de la vida y la obra de José Martí. Quien alguna vez se haya enfrentado con la “selva” de los escritos martianos y repase los cuatro índices aludidos —tres de los cuales no se habían formado hasta ahora—, comprenderá su utilidad y lo ímprobo de la tarea.

Preside esta edición un criterio selectivo, magüer el título que la encabeza. Por consiguiente, no aparecen en ella todas las cartas que Martí escribió, pero sí las más importantes, distribuidas en diversas secciones según la materia de que tratan. En el segundo tomo, no obstante, encontramos un “Epistolario familiar” y una colección de “Cartas patrióticas” que contienen las epístolas más representativas que en ambos campos escribió el Apóstol.

* . * *

Pero el aporte más valioso que al epistolario nos deparó el año 1946 fué la publicación por la Universidad Nacional Autónoma de México del volumen *Cartas a Manuel A. Mercado*, contentivo de 98 epístolas más o menos extensas y 32 cartas homeopáticas que en el índice aparecen agrupadas bajo el rótulo de “Recados”, expresión que Martí mismo usó alguna vez. Acrecen el mérito de esta cuidada primera edición de las *Cartas a Manuel A. Mercado* un fino “Prólogo” y un provechoso índice de los acontecimientos más significativos en la vida de Martí durante los años 1875-1891 en que escribió estas cartas, ambos debidos al celo martiano del profesor Francisco Monterde, Director de la Imprenta Universitaria, a quien somos deudores también de la elegante presentación tipográfica del volumen.

Ya en vida de Martí se tenía noticia de su fraterna amistad con Manuel Mercado, de la cual eran público testimonio la dedicatoria en primer término de *Versos sencillos*, en 1891, y algunas efusivas alusiones poéticas que en el mismo volumen aparecen. Al morir Martí quedó inconclusa su última carta a Mercado; mas por la forma en que la inicia y por su matiz confidencial, se colegía la acrisolada amistad que unía al héroe con el patricio mexicano. Sospechábase, pues, que en poder de Mercado existía una copiosa e importantísima correspondencia, dada la alta estima intelectual y moral en que Martí

tenía a su corresponsal y el cariño de hermano espiritual que a él le unía. Sabíase que por espacio de veinte años —la amistad se inició a principios de 1875, recién llegado Martí a México— Mercado había sido su confidente más entrañable y su amigo y valedor más leal. De ahí el valor biográfico que se atribuyó siempre a estas cartas y el empeño que a lo largo de más de treinta años han puesto los amantes de Martí en conseguir que se publicaran. El destinatario, sin embargo, se negó siempre a la demanda, y lo mismo hicieron sus hijos hasta el cincuentenario de la muerte de Martí. No obstante, en las 130 cartas en este volumen reunidas, no hay absolutamente nada que justifique una tan tenaz renuencia a su publicidad.

Es evidente, sin embargo, que en este tomo no aparecen *todas* las cartas que Martí escribió a Manuel Mercado. Es posible que algunas se hayan perdido o que su recipiente, por un exceso de escrúpulo, haya destruido otras. De ser cierta la última hipótesis, tendríamos que lamentar que el celo del leal amigo nos haya privado de cartas que acaso hubieran podido diafanizar algunos puntos no bien esclarecidos todavía en la vida del autor. El héroe cubano es una de las más grandes figuras históricas y literarias de nuestro continente y nada que a él atañe o que él haya escrito carece de importancia. Por lo demás, a los cincuenta años de su muerte, y extintas también casi todas las personas que junto a él actuaron, no es probable que la publicación de la totalidad de las cartas pudiera agravar a nadie. Un escrúpulo similar nos privó de conocer lo que ocurrió en la tan famosa y controvertida entrevista de "La Mejorana" entre José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, al suprimir —¿quién?— del *Diario* que Martí escribió en la manigua las páginas correspondientes a ese día y a ese acontecimiento. Con lo cual la especulación histórica y la pasión personalista continuarán elucubrando indefinidamente. Tratándose de hombres de la talla intelectual y moral y de la importancia histórica de Martí, nadie debiera erigirse en juez para privar a la posteridad de ningún documento que pueda iluminar su vida o su obra.

* * *

La publicación de esta correspondencia con Mercado ha sacado valedera la convicción que de su alcance biográfico teníamos cuantos sabíamos de su existencia. De ahora en adelante no se podrá es-

cribir adecuadamente sobre Martí sin leerlas previamente. En ellas encontrará elucidadas el martiófilo muchas de las dudas que hasta ahora teníamos sobre determinados detalles y verificados algunos hechos desconocidos o apenas sospechados. Como en un espejo, en ellas se refleja el alma del grande hombre tanto como su genio literario y político. No rectifican en ningún sentido el concepto que de Martí teníamos, pero lo acrisolan y enaltecen. En el regazo de la amistad honrada Martí se nos entrega total, sin velos ni paliativos. En esta ocasión violó su propia consigna:

Vierte, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por orgullo y por no ser
motivo de pena ajena.

En estas atormentadas confidencias al amigo dilecto y leal, abre este Prometeo americano el cauce de sus dolores y nos permite ver su corazón lacerado por angustias infinitas. Asistimos ahora a la íntima agonía del cruzado de la libertad a quien los figurones de la politiquería cominera de nuestros países temen y los pigmeos de la cultura envidian y hostilizan con mal disimulado encono. "Todo el que lleva luz se queda solo", dirá él en cierta ocasión. Y solo, enteramente solo, y a despecho de los timoratos y a contrapelo de la miopía y la ignorancia, mantiene durante veinte años su apostolado americanista. Pero esta cruzada de vidente genial en la que le señala la ruta salvadora a nuestra América y le reitera una y otra vez que no se deje seducir por cantos de sirena y busque la salvación en la disciplina y dignidad democráticas, en el trabajo honrado, en la explotación y defensa de su riqueza, en la superación de su propia incapacidad mediante el estudio, la educación de las masas y el mejoramiento técnico, cae en terreno poco abonado todavía. Serían necesarios los atropellos que vinieron después, la expoliación de la riqueza nativa por el capital foráneo, las humillaciones y desafueros que él previó y quiso evitar para que su América tan amada se percatara de su doble visión y parara mientes en su prédica redentora.

De todo esto y mucho más encontrará el lector un eco transido en estas cartas. ¡Cuánta miseria moral y física lo asedió en su corta vida! ¡Qué angustia nos produce ver a este Prometeo —otra vez— que como el mitológico quiso también redimir a esta irredimible humanidad nuestra, encadenado durante años al potro de tortura de una mesa de hortería en la ruin casa de Carranza y Cia.,

miserablemente remunerado y sufriendo humillaciones sin cuento para ganar honradamente el mendrugo cotidiano! ; El, que poseía el alma y el genio de los hombres superiores, sabiéndose apto para las más grandes empresas de la inteligencia y el espíritu, ocupado en menesteres oficinescos de ínfima categoría o convertido luego en galeote de una casa editora que explotaba su talento en la agobiadora tarea de traducciones anónimas de librejos mediocres! Y siempre la incomprensión y la ingratitud por recompensa. Cuánto dolor y cuánta desilusión hay en la carta en que nos narra la forma en que la Guatemala de José Rufino Barrios, del año 78, correspondió a su generoso empeño de enaltecerla y servirla. Porque deseaba también enaltecerla y servirla tendrá que abandonar precipitadamente la Venezuela de Guzmán Blanco, dos años más tarde, pero aquí no fué el ambiente mezquino el que lo repelió, sino la megalomanía ridícula del tiranuelo. En Guatemala, en cambio, fué una sorda conjura de los *soi disant* intelectuales y profesionales la que le hizo imposible la vida allí.

Verdad que en grado más o menos intenso suerte similar — por las mismas causas — sufrirán otros muchos epígonos de esta América nuestra que parece complacerse en crucificar a sus redentores. Bolívar morirá en la indigencia camino del destierro, y vilmente asesinado su noble lugarteniente, Sucre; en el exilio, más o menos impuesto, y olvidados de sus conterráneos, morirán San Martín, Rivadavia, Alberdi, Montalvo, Hostos, Bello, José María Luis Mora, Enrique Piñeyro, Aníbal Ponce y tantos otros. Combatidos y odiados en su propia patria vivirán otros grandes como Sarmiento, González Prada, etc.

En estas cartas encontrará el investigador martiense valiosas referencias complementarias de lo que ya sabíamos relativo a su actividad literaria. Así, por ejemplo, comprobamos que el drama *Morazán* — al parecer definitivamente perdido — sobre la independencia de Guatemala fué escrito y terminado recién llegado Martí a aquella ciudad a solicitud de los guatemaltecos; que escribió una *Historia de los primeros años de la revolución* — la guerra de los 10 años — también en Guatemala, de la cual no se tenía noticia hasta ahora, también perdida o destruída por él mismo al regresar a Cuba el 78. Parece haber sido libro escrito con amor y muy trabajado. ¿Qué se hizo de la traducción del libro *John Halifax, caballero*, en la que se interesaba unos 10 años más tarde? Ahora se confirma lo que an-

tes apenas sospechábamos, o sea que las crónicas sobre arte y literatura europeos que durante muchos años publicó en *The Sun* de New York, las escribía en francés. ¿Qué traducción en verso es esta ya terminada y en vías de publicarse en 1889, nunca encontrada? Y este otro libro original, al parecer de versos —*Las alas del poeta*—, que anuncia desde Guatemala el 29 de septiembre del 77, ¿qué se hizo? Por primera vez también nos enteramos de la verdadera causa de la muerte de *La Edad de Oro*, con tanta ilusión y celo redactada exclusivamente por Martí, el año 89. No sabíamos que el lamentable cese de esta publicación se debió a que el señor Dacosta Gómez que la financiaba quiso convertirla en heraldo de propaganda católica, a lo cual se negó Martí. Ignorábamos también que la razón del cese de las correspondencias a *La Opinión Nacional*, de Caracas, fué el funesto gallipavo de Guzmán Blanco, que de nuevo quiere que Martí hable de él. Mucho necesitaba Martí del mísero sueldo que *La Opinión* le pagaba, pero él no vende su dignidad de hombre honrado y libre. Más de veinte diarios de la América hispana reproducen sus cartas a *La Nación* de Buenos Aires y otros periódicos, sin que con ello se beneficie en lo más mínimo el peculio personal del autor. Un detalle baladí para el lector común, pero interesantísimo para los martiífilos: en 1882, parece haberse publicado en su honor un folleto en Colombia — “cuaderno” lo llama él. Debió ser el primer testimonio público importante en la enorme bibliografía que sobre Martí existe hoy. Y sería de sumo interés conocerlo.

Igualmente valiosas para la cabal comprensión del hombre son muchas de las cartas en que Martí habla de sí mismo o emite juicios sobre amigos y escritores, como el propio Mercado, Gutiérrez Nájera, Pablo Macedo, etc. Algunas nos dan idea de su amplia y bien digerida cultura y de su sagacidad crítica para descubrir valores literarios y artísticos; otras tienen trascendencia capital para la recta interpretación de su ética personal o de su pensamiento político o social. En más de una encontraremos expuesto su concepto de la poesía, de la crítica o del estilo. Algunos críticos poco perspicaces o escasamente familiarizados con el *métier* martiano han apuntado la idea de su facundia léxica, queriendo sugerir con ello que era escritor repentista y tropical. Pues bien, véase cómo cuidaba el estilo, cómo a pesar de la angustiosa premura con que siempre escribía, se detenía en la busca del vocablo preciso, de la expresión colorista

que diera relieve plástico y exactitud a la idea o a la emoción. Si no se conservaran sus manuscritos plagados de tachaduras, enmiendas, palabras cambiadas, etc., estas líneas flaubertianas nos dirían cómo se preocupaba de la perfección formal. Duélese de que los cajistas de *El Partido Liberal* le enmienden la plana y le substituyan palabras suyas por otras menos felices, y agrega:

“¡Y yo que a veces estoy, con toda mi abundancia, dando media hora vueltas a la pluma, y haciendo dibujos y puntos alrededor del vocablo que no viene, como atrayéndolo con conjuros y hechicerías, hasta que al fin surge la palabra coloreada y precisa!” — Carta del 20 de octubre del 87.

Las confidencias, lo mismo respecto a su salud, a su penuria económica, a su estado de ánimo, etc., que en relación con sus ideales americanistas y manera de propugnarlos y defenderlos son innumerables y valiosísimas para los futuros exégetas de su pensamiento y de su vida. Así, por ejemplo, en carta del 6 de mayo del 80, encontramos lo que parece ser primera alusión a su afección cardíaca. Premoniciones de su muerte temprana —la primera la encontramos en carta a su madre desde la cárcel cuando sólo tenía 16 años— hay aquí muchas. Es curioso este detalle biográfico: la salud de Martí, nunca muy robusta, fué en extremo precaria a partir de 1880. Además de otros quebrantos serios, sufría del corazón y los pulmones. Cuando en 1895 partió para Cuba con el firme anhelo de morir en ella, era un cadáver galvanizado únicamente por su asombrosa energía moral y la conciencia clarísima de que era el aglutinante indispensable para la heroica empresa. En 1923 alcancé yo a conocer en Filadelfia al doctor José Luis que lo asistió como médico, junto con el doctor Miranda, durante muchos años. El doctor Luis decía: “El caso de Pepe Martí era inexplicable para nosotros. Debíó haber muerto años antes”. El mismo no creía que su organismo resistiera muchos años. Sin embargo, ninguna de las dolencias que sufrió pudo abatirlo...

Su muerte, en mi concepto, fué voluntaria, ansiada, buscada. Un incontenible anhelo de descansar definitivamente, de “morir callado” en su Cuba amada, debió apoderarse de él al ver su obra en marcha y saberse sentenciado por Gómez y Maceo a regresar a New York. Mas al despojarse de la vida por una decisión firme y consciente, lo hizo como un acto de servicio más, como una última y

provechosa ofrenda a Cuba, acaso la que menos esfuerzo y sacrificio le costó, no como un suicida vulgar. Martí no era un escapista ni hubiera caído en Dos Ríos de no saberse ya liquidado, exhausto. Si él no se hubiera sabido ya muerto —“yo que vivo aunque me he muerto”, escribió años antes—, con los días contados, y hubiese creído que aún le quedaban energías para seguir propiciando la causa desde New York, siquiera por unos meses más, habría aceptado la consigna de Gómez y Maceo de volverse, por más que le repugnara la idea y la vida le pesara como una montaña.

No es este el lugar de apuntar todos los antecedentes en que esta interpretación de su muerte se basa ni las circunstancias en que pereció. Pero estimo que un análisis rigurosamente objetivo y lógico de su vida, de las desdichadas peripecias que precedieron al 19 de mayo, particularmente a partir de enero de 1895, tanto como de la forma en que cayó en Dos Ríos, nos lleva ineludiblemente a la conclusión apuntada. “Para mí ya es hora”, había dicho él un poco antes, ya camino del sacrificio final. Quien conozca su concepto de la muerte; sus hondísimos desengaños, su obsesionante anhelo de morir en Cuba y por Cuba, su convicción profunda de que le había llegado por fin el momento de descansar, su acrisolado patriotismo y su heroico sentido del deber, ¿cómo podrá negarle el derecho de rendirle el tributo de su vida a la patria en una forma que la beneficiara antes que ir a morir sin gloria y sin provecho en la travesía o en una casa de huéspedes recién vuelto a New York, como cualquier Juan Lanas allí refugiado? Hacía ya muchos años que la muerte se le aparecía como una amable liberación, como un don inefable, que sólo la conciencia de que aún era necesario, de que aún podía servir, le impidió salirle al encuentro. Martí fué siempre, y ante todo, “hombre de servicio”, y un acto de servicio más fué su muerte.

* * *

Decía Enrique José Varona que las “cartas de Martí, fuera el que fuese el asunto, tenían el mismo magnetismo que su conversación... Escribía a sus amigos como les hablaba; las imágenes florecían bajo su pluma como en sus labios”. Y de su conversación dijo su gran amigo, el poeta Diego Vicente Tejera, que el que no escuchó alguna vez a José Martí en la intimidad, no conoce el poder de seducción de que es capaz la palabra humana. Leyendo estas cartas

a Mercado nos percátamos de la certera observación de los dos escritores precitados. "Cartas de poeta" denominó Unamuno las que Gonzalo de Quesada coleccionó en 1919. "De poeta", sí, pero de gran estadista y de pensador también. "De poeta" por la forma originalísima, inusitada y bella: por la riqueza y plasticidad del léxico, por la prodigalidad de imágenes afortunadas, por la superabundancia de símiles y metáforas que las avaloran sin dar nunca en lo barroco y por la total ausencia de "literatura". "De poeta", por la espontaneidad y la frescura, la transida sinceridad, la infinita gama de variantes afectivas, de expresiones inéditas; por el caudal de ideas y emociones tiernísimas que encierran. Pero son también cartas de un poeta de la acción, que eso y no otra cosa fué la vida de Martí, y muchas nos revelan al pensador de gran calibre que en él coexistía con el poeta, aunque este último reclame la primacía.

El profesor Monterde, con su fina penetración crítica y característica sobriedad, ha definido certeramente el alto valer literario de la epistolografía martiana en los párrafos que aquí transcribo del "Prólogo" que para esta primera edición escribió:

"Quien conozca las cartas ya impresas de Martí, sabrá que no son renglones trazados por cortesía, con palabras y giros usuales en la vida cotidiana, sino verdadera obra de creación, nunca inferior, en cuanto al estilo, a sus ensayos y discursos.

"Nada más ajeno a ellas, sin embargo, que la *literatura* —y sobre todo, la literatura epistolar, que suele estar hecha de fórmulas y cumplidos—: son obra trascendente, por la selección de vocablos; por su sinceridad; por las ideas que contienen y la personal manera de expresarlas.

"Esas cartas confirman el concepto que existe del escritor, que elevaba a su altura aun los temas sencillos, vulgares, y evitaba caer, en materia de afectos, en la trampa sentimental, sin dejar de ser, por eso, vehemente y emotivo, al comunicar sus alegrías y dolores."

No es posible estudiar aquí el estilo epistolar de Martí. No creo que exista en castellano otro tan original ni tan bello. En el estudio tantas veces aludido, Unamuno no le encuentra par en cuanto a originalidad, sencillez, fuerza expresiva y sentido poético, más que en Santa Teresa. Pero el estilo epistolar de Martí no es más que una variante impuesta por el género dentro de la rica gama de su peculiar forma. A pesar de los miles de artículos, libros, folletos,

poemas, etc., que sobre él se han escrito, carecemos todavía de un estudio definitivo del estilo — mejor dicho, de los estilos martianos. Hasta ahora los comentaristas se han detenido en los problemas *externos* —influencias, lecturas, parentescos, etc.—, sin ir a la raíz del asunto ni investigar su estructura interna, su concepto del color, la jerarquía crítica que le concede al adjetivo, sus peculiaridades sintáxicas. En mi concepto, en Martí hay por lo menos dos estilos, dos formas de expresión igualmente originales y bellas, pero diferentes. Una, la que emplea en sus discursos, ensayos críticos, correspondencias literarias generalmente descriptivas, *Versos libres*, *Flores del destierro*, etc., es caudalosa, de amplios trazos y rico colorido, densa de pensamiento, frase larga y párrafo extenso, en la que la ideación es a veces difícil de seguir porque el pensamiento se precipita como un oleaje. (No se confunda esta riqueza con el llamado tropicalismo. El tropicalismo es huera palabrería, ramazón sin flor ni fruto, y en Martí cada palabra va grávida de pensamiento o de emoción.)

Pero junto a estas formas opulentas encontramos otra variedad de estilo apretado, conciso, a veces casi lacónico, de una sencillez horaciana, en la que la gracia y las emociones íntimas florecen como piedras preciosas. El procedimiento es menos plástico, pero no menos poético; en todo caso es más directo e intenso. Aquí Martí parece aplicar la fórmula de Menéndez Pidal: en literatura, todo lo que no hace falta sobra. Este es el estilo que encontramos en *Ismaelillo*, en *Versos sencillos*, en *La Edad de Oro*, en el epistolario y otros trabajos. Pocos escritores de nuestra lengua han logrado encerrar en formas tan bellas y con tal economía de palabras un pensamiento hondo o una emoción tan intensa. Este es el estilo empleado cuando se dirige a los niños, a los familiares y amigos o cuando lo conmueve la emoción poética pura. Entonces la forma adquiere insuperable diafanidad y apostólica sencillez, en perfecta armonía con su espíritu franciscano. A veces esta modalidad es tan sobria y tan parco el léxico, que alcanza un matiz discretamente aforístico en fuerza de brevedad. Sospecho que hubiera sido esta la forma por él preferida si hubiese podido consagrarse con holgura al puro menester literario o creador, para el cual estaba tan generosamente dotado.

Pero la misión histórica que el destino de Cuba y de América le impuso, requería un registro más amplio, una elocuencia más vibrante y más en armonía con nuestra idiosincrasia y nuestra tradi-

ción literaria, una paleta de más variado colorido. De ahí ese otro estilo casi bíblico, a veces sibilino, a que primero aludí, que es el que predomina en toda su labor proselitista y por el cual es generalmente conocido. Es en extremo significativo que Sarñiento, gran prosista él mismo, no reparara en esta otra modalidad más concisa y, en cambio, encomiara superlativamente la rapsodia sobre la estatua de la libertad. Habría, pues, que estudiar estas dos maneras o estilos: el que emplea cuando se ocupa del mundo objetivo y cuando consciente o subconscientemente trata de hacer prosélitos para su credo de libertad, y el otro que corresponde al orbe íntimo, aquel en que vierte sus emociones líricas puras, sus pensamientos más delicados, sus más inefables estados de alma.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California,
Los Angeles.